

*¡¡YA SE VEÍA VENIR!!*, recuerdo escuchar a duras penas cuando, temblorosa y mareada, entraba en las urgencias del Centro de Salud agarrada al robusto brazo del policía que me acompañaba. Sentía que la cabeza me iba a estallar y que el corazón acelerado me pedía a gritos ayuda. No era capaz de articular palabra para preguntar que me ocurría, pero notaba clavarse en mí las miradas de los que, esperando su turno sentados en la recepción, observaban atónitos el espectáculo que yo nunca hubiese deseado protagonizar.

Jamás pensé que podría terminar así, donde habría fallado para que durante los primeros años no advirtiera lo que se me podía avecinar. Esta última década había sido demoledora; *“no puedo más”* he gritado mil veces internamente y durante muchos, muchos días nada más levantarme, pero mis hijos, mi familia, los míos verdaderamente, no se merecían conocer la realidad de este calvario.

- Túmbate en la camilla ...
- *“¿Qué?”*, exclamé balbuceando y mirando hacia ambos lados.
- Vamos a tratar de calmarte ...
- *Me hacéis daño en el brazo.*
- Te estamos tomando la tensión, estás muy acelerada ...
- 150/70 y 110 pulsaciones, tranquila, tenemos que hacerte un electro ...
- Tómate esto y ... “Usted por favor, espere fuera”, le espetó al policía que permanecía firme e inmutable ante la puerta.

Internamente me pregunté: *¿Como es posible que además, tenga que pasar ahora por esto?*, y acto seguido comencé de nuevo a llorar. *“Llora todo lo que quieras, que eso te serenará”* dijo la enfermera.

La posición, me hacía mirar directamente al fluorescente del techo que en ocasiones parpadeaba; veía pasar como en una película muchos de los recuerdos de mi vida, cerraba los ojos para no verlos pero las imágenes se reflejaban firmes en mi mente. Hay está, le veo..., cada 23 fotogramas..., como si de una publicidad subliminal se tratase, que si no te paras a observar no lo ves pero está, está en todos y cada uno de los días que he vivido este infierno.

No sería por mi condición de mujer, porque ante los demás siempre se mostraba dispuesto, amable y entre su círculo siempre destacaba alguna hembra en la que si confiaba. Creo que lo que nunca me perdonó fue que no pensara igual, que no aprobase sus “geniales” ideas y mucho menos el que no fuese sumisa en el día a día.

Hasta hoy no había sucedido una agresión tan directa, aunque creo que es peor la indiferencia vivida en estos años, los comentarios ..., el desprecio en la mirada, el estar apartada y observar como, de puertas hacia afuera, los demás le ven con admiración, desconocedores de lo que realmente está sucediendo.

- *¿Qué hora es ...?*, pregunté a la enfermera que no me abandonaba.

- Las cuatro menos cuarto, pero estate tranquila que aquí estás bien.
- *Me estarán esperando para comer, mi hija no sabe nada de esto.*
- Enseguida pasará la doctora a verte y ella nos dirá.

Sería por la medicación pero el temblor comenzó a remitir, lo mismo que todas las mañanas al levantarme cuando el desayuno lo acompañaba con galletas y “lexatín” para poder afrontar el día, *¿que se le ocurrirá hoy?*, pensaba mientras bebía el último trago de café para poder pasar la pastilla. Eran ya unos cuantos años con las recetas pero el médico, conocedor de mi estado de ánimo, me recomendaba no dejarlo de momento hasta no verme mejorar.

Esa tranquilidad me volvió a abrir de nuevo la mente; recuerdo el haber caído al suelo pero no creo haberme golpeado, el dolor de cabeza sería de la tensión. Lo que si recuerdo fue cuando acompañado y por sorpresa se presentó, acusándome con tono de indignación y cierta sorna en su gesto de que le estaba robando. Con serenidad sacó su teléfono móvil y para intimidarme aún más, me amenazó con avisar a la policía, sabía que por su posición privilegiada no dudarían en acudir.

En ese momento me puse muy nerviosa y comenzó a faltarme el aire, el esforzarme en la respiración hizo que empezara a desvanecerme mientras se alejaba dándome la espalda. Lo siguiente que recuerdo es que un agente me levantó para sentarme en mi silla y ofrecerme agua de un botellín de plástico a

la vez que me daba aire con una especie de carpeta; el resto y como llegué hasta el Centro de Salud, no lo sé.

- Está tu marido fuera con la policía.
- *¿Qué hace aquí? ...*
- Le están interrogando. ¿Qué hacemos?, ¿le dejo pasar?

Me sequé las últimas lágrimas y saqué fuerza para enfrentarme a su mirada cuando entrase. Al entreabrirse la puerta le distinguí entre el tumulto, estaba aparentemente nervioso, seguramente por lo ocurrido y hablando con gestos de desconcierto ante el agente que tomaba notas a las explicaciones de su versión.

Al girarse me vio y sin dudarle se dirigió hacia mí; temblaba viendo como con paso firme se acercaba. Al entrar, cerró tras de sí la puerta, me agarró firmemente de la mano y entre sollozos me dijo:

- Te juro que esto no va a volver a pasar más...
- Tienes que denunciarlo o dejar de una vez ese maldito trabajo.

Luego me besó.